

Homilía de la Santa Misa de ordenación presbiteral
Sábado 11 de agosto, 2018 - Catedral de Limón

Monseñor Javier Román Arias
Obispo de Limón

Queridísimos hermanos y hermanas:

Sean bienvenidos a esta celebración. En primer lugar, a ustedes mis queridos diáconos Ronny, Juan Carlos y Armando, que, dentro de unos momentos, serán ordenados presbíteros para esta nuestra amada iglesia diocesana de Limón. En segundo lugar, a ustedes, sus padres, familiares, amigos, y a quienes hoy les acompañan en este día inolvidable para ellos. Estos hermanos e hijos nuestros han sido llamados por Dios al orden del presbiterado. Reflexionemos atentamente a cuál ministerio serán hoy ordenados en la Iglesia, desde la Palabra de Dios que ha sido proclamada.

En la primera lectura, tomada del profeta Isaías, vemos cómo el profeta describe su vocación y su misión, al exclamar lo siguiente:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido. Me ha enviado para dar la buena noticia a los que sufren, para vendar los corazones desgarrados, para proclamar la amnistía a los cautivos, y a los prisioneros la libertad, para proclamar el año de gracia del Señor, el día del desquite de nuestro Dios, para consolar a los afligidos, los afligidos de Sión; para cambiar su ceniza en corona, su traje de luto en perfume de fiesta, su abatimiento en cánticos...” (Is 61,1-3^a)

El Señor unge a isaías y le otorga su Espíritu, enviándolo a proclamar la Buena Noticia a su pueblo, a través de obras concretas: liberación, justicia y consuelo. Este pasaje profético se cumplió el día en que Jesús de Nazareth, llegó a la sinagoga de su pueblo y proclamó este texto de Isaías, describiéndose como el profeta por excelencia que viene a traer y realizar esta Buena Noticia (Lc 4,18-19). Tanto los obispos como los presbíteros somos ungidos para hacer vida el misterio de la vida de Jesús evangelizador y profeta del Reino, desde el sacramento del orden, para ser también misioneros como Jesús y sentirnos elegidos por Dios como Él.

Por otra parte y como bien saben, el Señor Jesús es el único Sumo Sacerdote del Nuevo Testamento, pero en Él también todo el pueblo santo de Dios ha sido constituido pueblo sacerdotal. Jesucristo es el sacerdote perfecto, a usanza de Melquisedec, cuyo sacerdocio eterno, proclamado y cantado en el salmo responsorial y presentado como anticipo del sacerdocio de Cristo en la Carta a los Hebreos, nos recuerda ese nuevo sacerdocio, del cual somos signos, tanto los ministros ordenados como el pueblo sacerdotal que es la Iglesia.

Entre todos sus discípulos, el Señor Jesús ha querido elegir algunos en particular para que, ejerciendo públicamente en la Iglesia y en su nombre, el oficio sacerdotal en favor de todos los hombres, continúen su personal misión de maestro, sacerdote y pastor. En este sentido, la segunda lectura de la Primera Carta de Pedro, viene como anillo al dedo, al recordarnos a sus elegidos, la necesidad de apacentar el rebaño a nosotros confiado, como Dios quiere realmente, nunca dejándonos llevar por la ambición ni tampoco portándonos como déspotas, sino como modelos. Aquí tenemos los rasgos pastorales de lo que debe ser un ministro de Cristo de todos los tiempos.

Así como para ello Jesucristo había sido enviado por el Padre, del mismo modo Él envió a su vez al mundo, primero a los apóstoles y luego a los obispos y sus sucesores, a los cuales, en fin, se dio como colaboradores a los presbíteros, que - unidos a ellos en el ministerio sacerdotal- están llamados al servicio del pueblo de Dios.

Después de madura reflexión y oración, ahora estamos por elevar al orden de los presbíteros a estos hermanos nuestros, para que, al servicio de Cristo, Maestro, Sacerdote y Pastor, cooperen en la edificación del Cuerpo de Cristo que es la Iglesia, como pueblo de Dios y Templo del Espíritu Santo.

En efecto, ellos serán configurados en Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, es decir que serán consagrados como verdaderos sacerdotes del Nuevo Testamento y con este título que los une en el sacerdocio a su obispo, serán predicadores del Evangelio, pastores del Pueblo de Dios y presidirán las acciones de culto, especialmente en la celebración de la Eucaristía.

En cuanto a ustedes queridos diáconos, , que están por ser ordenados dentro de unos instantes, consideren que ejerciendo el ministerio de la Palabra y la celebración de los sacramentos, serán partícipes de la misión de Cristo, único Maestro.

Dispensen a todos aquella Palabra de Dios que ustedes mismos han recibido con alegría. Recuerden siempre a sus mamás, abuelitas, catequistas y maestros que les dieron la Palabra de Dios, la fe.... este don de inestimable valor que les transmitieron. Lean y mediten asiduamente la Palabra del Señor, para creer lo que han leído, para enseñar lo que aprendieron en la fe y vivir lo que han enseñado. Recuerden también que la Palabra de Dios no es propiedad de ustedes: es Palabra de Dios. Y la Iglesia es la que custodia la Palabra de Dios.

Por lo tanto, que la enseñanza de ustedes sea alimento para el Pueblo de Dios; alegría y sostén a los fieles de Cristo, para que con su palabra y su ejemplo ustedes edifiquen la casa de Dios, que es la Iglesia. Ustedes continuarán la obra santificadora de Cristo. Mediante el ministerio de ustedes, el sacrificio espiritual de los fieles se hace perfecto, porque se une al sacrificio de Cristo, que por medio de las manos de ustedes, en nombre de toda la Iglesia, es ofrecido de modo incruento sobre el altar de la celebración por los Santos Misterios. Reconozcan pues lo que hacen. Imiten lo que celebren, para que participando en el misterio de

la muerte y resurrección del Señor, lleven la muerte de Cristo en sus miembros y caminen con Él en novedad de vida.

Con el Bautismo agregarán nuevos fieles al Pueblo de Dios. Con el Sacramento de la Penitencia remitirán los pecados en nombre de Cristo y de la Iglesia: hoy les pido en nombre de Cristo y de la Iglesia, por favor, no se cansen de ser misericordiosos. Con el óleo santo darán alivio a los enfermos y también a los ancianos: no se avergüencen de dar ternura a los ancianos y a los enfermos. Celebrando los sagrados ritos y elevando sus oraciones de alabanza y súplica durante las distintas horas del día, con la Liturgia de las Horas, ustedes se harán voz del Pueblo de Dios y de la humanidad entera.

Mis queridos diaconos Ronny, Juan Carlos y Armando, están siendo ordenados pastores de Cristo para servir como Él a todos, con amor, entrega y sacrificio. La nuestra es una diócesis que requiere de cada uno de sus presbíteros una permanente actitud de sacrificio por amor. Si estamos aquí hoy es porque estamos dispuestos a dar la vida por el anuncio de la Buena Noticia de la Salvación, especialmente a los pobres, a los alejados y los excluidos, a todos esos hermanos y hermanas que nuestra sociedad desecha y descarta. En cada uno de ellos vean siempre el rostro del Señor. Toquen sus manos, curen sus llagas, sequen sus lágrimas y hagan propia su miseria y su dolor.

Limón es una diócesis misionera. Esta es una iglesia llamada a salir de sí misma, a dar desde su pobreza el tesoro más grande que se le puede ofrecer a una persona: el encuentro con Cristo. No caben en nuestra realidad actitudes poco evangélicas como el clericalismo, los lujos, el egoísmo, las vanidades, o pretender hacer carrera eclesiástica valiéndose de puestos o nombramientos.

Nunca un servicio puede ser tomado como sinónimo de privilegio en la Iglesia. Todo lo que somos y hacemos está ordenado a Cristo y al pueblo santo de Dios. No hay parroquias mejores que otras, no hay lugares de premio ni de castigo, aquí todos somos iguales siervos de la mies, como iguales somos delante del Señor.

Que esas sotanas que hoy usan para celebrar este día los protejan de la lluvia, el sol y el barro que tendrán que soportar a partir de hoy por la causa del Evangelio.

Nuestro pueblo pide a gritos pastores que no tengan miedo de defender la justicia, el bien y la verdad, sacerdotes abiertos, sensibles, cercanos y comprometidos. Que las oficinas parroquiales tengan siempre las puertas abiertas, que no haya horarios para recibir a quien necesita ayuda espiritual.

Si sirven en la ciudad, gasten zapatos visitando los barrios, y si lo hacen en territorio indígena, gasten botas en la montaña, no descansen hasta encontrar a los hermanos más alejados y hagan sentir a todos el amor de Dios.

Que su vida sea íntegra. Delante de Dios no tengan secretos inconfesables, cuiden sus amistades y los lugares que frecuentan. Aléjense de todo aquello que saben no pueden manejar, vivan en permanente oración a Dios, pidan discernimiento, sabiduría, paz, alegría y bondad.

Consideren a sus hermanos sacerdotes. Somos su nueva familia. No los descuiden, visítenlos, preocupense de su salud, apóyense mutuamente, socórranse en las crisis, vivan en unidad y hermandad.

Ustedes son el clero joven de nuestra diócesis. Busquen a otros jóvenes como ustedes que buscan motivos para darle sentido a sus vidas y llévenlos a Cristo. Háganlos parte de sus proyectos y motívenlos a vivir una vida coherente con su fe.

No rechacen la posibilidad de dar un consejo, escuchen a quienes les buscan para corregirlos con fraternidad, y cuenten siempre con este servidor, como padre en la fe que soy de cada uno de ustedes.

Conscientes de haber sido elegidos entre los hombres y constituidos en favor de ellos para cuidar las cosas de Dios, ejerzan con alegría y caridad sincera la obra sacerdotal de Cristo, con el único anhelo de gustar a Dios y a no a ustedes mismos. Sean pastores, no funcionarios. Sean mediadores, no intermediarios, y nunca los asalariados del rebaño, recordando la bella imagen del Buen Pastor, que hemos escuchado del mismo Jesús en el Evangelio de San Juan, al que somos llamados a reproducirlo, en la medida que apacentamos la grey del Señor, dando la vida por las ovejas de Cristo.

En fin, participando en la misión de Cristo, Cabeza y Pastor, en comunión filial con su obispo, comprométanse en unir a sus fieles en una única familia para conducirlos a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu Santo. Tengan siempre ante sus ojos el ejemplo del Buen Pastor, que no ha venido para ser servido, sino para servir y tratar de salvar lo que estaba perdido.

En este día pidamos al dueño de la mies, que suscite vocaciones a la vida sacerdotal y religiosa, que tanto necesitamos.

Que Nuestra Señora de los Ángeles, que nos acompaña en esta celebración, sea siempre su guía, para no fallar en tan gran vocación. Amen